

CÓDICES DE CHICONQUIACO

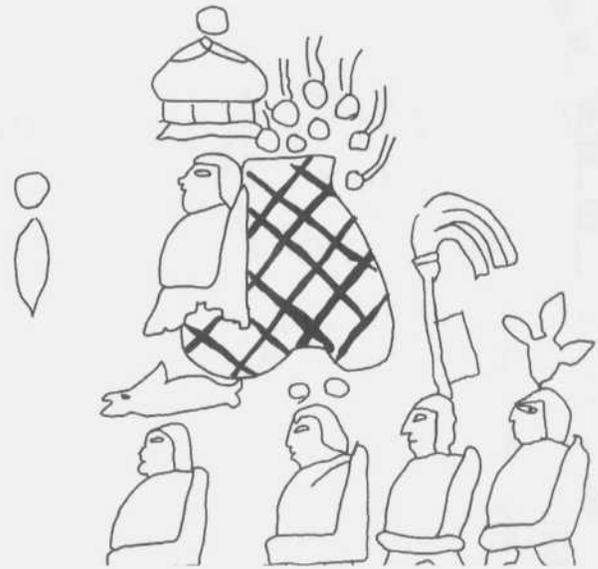
María de los Ángeles González Callado

El vital significado de los testimonios que nos legaron nuestros antepasados y que han logrado sobrevivir al paso de los años, es para los historiadores y antropólogos el punto de partida para conocer el pasado y para entender el mundo y la cultura que nos rodea. El *Códice de Chiconquiaco* es uno de esos testimonios. Es como un espejo fiel en el que se reproduce una sociedad, incluyendo su historia, que a través de la labor de nuestros antepasados *tlacuilos*, permitió registrar los acontecimientos que se fueron sucediendo para dar origen a la fundación de una serie de comunidades totonacas, entre ellas Chiconquiaco, en el estado de Veracruz.

Sabemos que para conocer nuestro presente, debemos remontarnos al conocimiento milenario de nuestros antepasados, quienes fueron registrando su devenir histórico, una vez que fueron capaces de organizarse socialmente y de desarrollar, en primera instancia, un sistema de comunicación que les permitiera establecer vínculos de entendimiento y códigos compartidos de interrelación. Originalmente apareció al lenguaje, posteriormente la escritura. El lenguaje es la base sobre la que se han construido todas las culturas, y el medio que han encontrado todos los grupos sociales para crearlas y desarrollarlas.

El ser humano ha utilizado, y lo sigue haciendo, múltiples medios de expresión o comunicación: el gesto, la danza, señales de humo, tambores, tatuajes, formas de vestirse, registros en diversos materiales escriptóreos como conchas, huesos de animales, madera, piedra, (estelas o pirámides egipcias y mesoamericanas), arcilla (tablas sumerias cuneiformes), papiro (rollos egipcios escritos en jeroglíficos), vitela (códices europeos o manuscritos ilustrados) papel elaborado de trapo o de celulosa, papel de amate o de maguay (códices mesoamericanos), entre otros, y por supuesto, también la palabra.

La sociedad mesoamericana contaba con un intrincado sistema de escritura, en el que pictogramas e ideogramas, de acuerdo a su tamaño y color, eran usados como elementos básicos para su lectura. Del aprecio indígena por conservar y registrar escrupulosamente en sus códices los hechos de su historia, su geografía, su organización política y de gobierno, su cosmovisión y formas de vida, llegan a nuestros días innumerables referencias. Es posible afirmar que ese orgullo ancestral por sus conocimientos y organización social trascendió las fronteras del Nuevo Mundo para llegar a oídos de quienes del otro lado del Atlántico hacían lo propio para registrar su historia. Tal es el caso de Antonio de Herrera, quien como cronista mayor del rey Felipe II escribe en su libro *Década*, publicado en España 1540: “Conservaban las naciones de Nueva España la memoria de sus antiguallas. En Yucatán y en Honduras, había unos libros de hojas, encuadernados, en que tenían los indios la distribución de sus

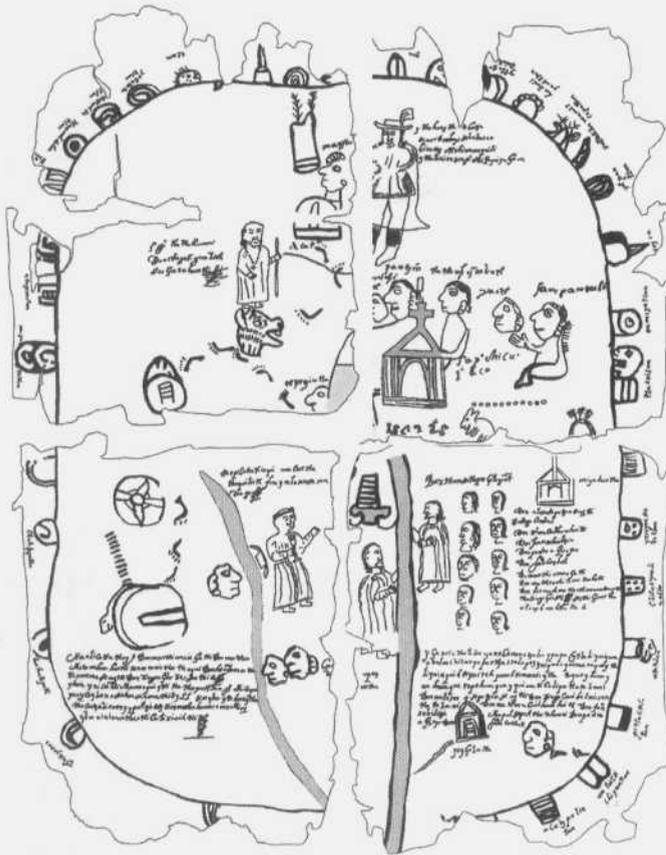


CHICONQUIACO EN EL CÓDICE MISANTLA

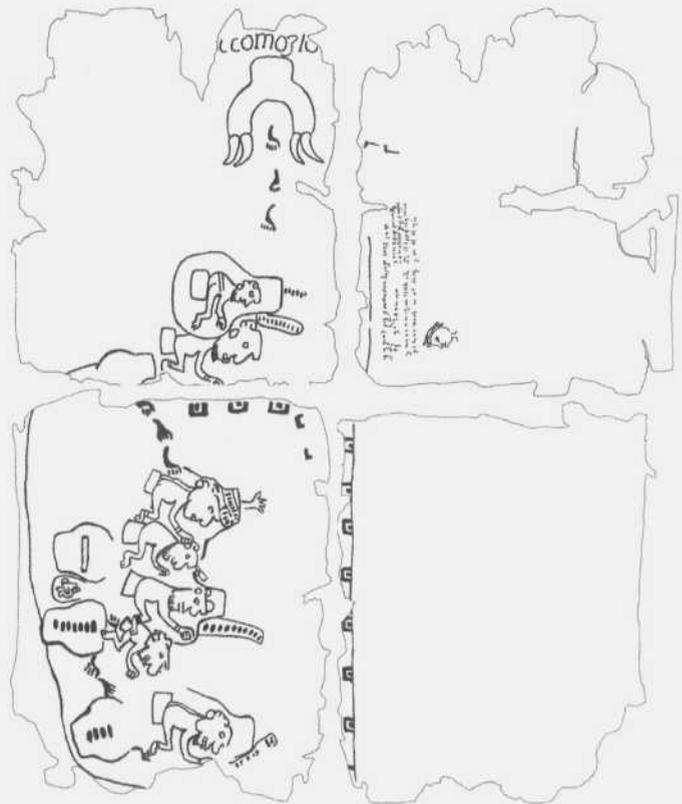
tiempos, sus tierras y conocimiento de las plantas, animales, y otras cosas naturales. En la provincia de Méjico tenían su librería, historias y calendarios, que pintaban; las que tenían figuras, con sus propias imágenes y con otros caracteres, así figuraban cuanto querían”.

Con la destrucción de los códices en el periodo inicial de la conquista y la colonización, múltiples rasgos de las culturas indígenas se vieron afectados; no obstante, la tradición indígena de elaborar “libros pintados” no se perdió hasta el siglo XVIII, ya que, por un lado, formaba parte de una tradición muy arraigada, y por otro, algunos misioneros españoles y autoridades civiles que conocemos como “eruditos mexicanistas”, iniciaron en pleno siglo XVI, conscientes de la grandeza de lo que había sido destruido, la recopilación de los restos que la población indígena guardaba en la memoria para reconstruir la historia. Aunque hay que reconocer que la sobrevivencia de la *cultura de los códices* tuvo que ver también, en gran medida, con la necesidad que tenían, tanto gobernantes como evangelizadores, de establecer un nuevo orden social, por lo que requerían conocer tanto los idiomas como la historia y formas de organización social, económica y religiosa de los pueblos dominados para imponer más fácilmente las suyas. Así, los códices se siguieron haciendo con las mismas características de los prehispánicos. A los que se elaboraron en este periodo se les conoce como coloniales. Precisamente a esta categoría pertenecen los *Códices o Mapas de Chiconquiaco*, el primero realizado en papel amate, que data de 1542; y el segundo elaborado en papel colonial como copia del primero, en 1877.

La comunidad de Chiconquiaco fue depositaria de estos códices por más de 450 años, ellos les permitían establecer linderos con otros municipios circundantes que también se



CÓDICE 1542 - FRENTE

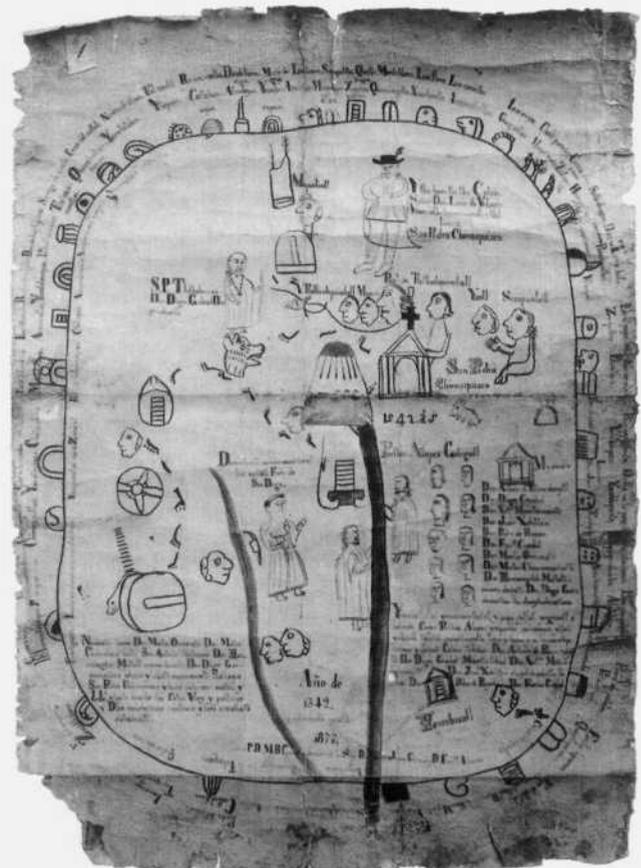


CÓDICE 1542 - VUELTA

registran en estos manuscritos. Lamentablemente, el código de 1542 fue sustraído ilegalmente de la propia comunidad a finales de la década de los años noventa del siglo pasado, por lo que la sensibilidad y respeto por el patrimonio y la memoria histórica de Veracruz, mostrados por el gobernador Fidel Herrera Beltrán y su esposa Rosa Borunda de Herrera, los llevaron primero a dejar un testimonio facsimilar de este documento y del realizado en 1877, y después, llegar por todos los medios a su localización, que felizmente pudo concretarse en julio de 2007. Asimismo, solicitaron a los connotados antropólogos Luz María Mohar Betancourt y Jesús Javier Bonilla Palmeros la interpretación del manuscrito, documento de trabajo publicado por el Gobierno del Estado de Veracruz y Ediciones Gernika con el título de *Códices de Chiconquiaco*, libro que se encuentra a la disposición de quienes deseen conocer más sobre estos maravillosos manuscritos en las librerías del país.

Actualmente, los códices originales se encuentran en resguardo en el Museo de Antropología de Xalapa, Veracruz, donde pueden ser observados para orgullo de todos los mexicanos y especialmente de los veracruzanos. ☐

María de los Ángeles González Callado. Socióloga y antropóloga de profesión y tlacuila de corazón, fue formada en la Universidad Iberoamericana de la ciudad de México, en la Universidad Complutense de Madrid y en el Centro de Estudio Educativos, también de la ciudad de México, donde laboró como investigador durante ocho años. En 1978 fundó, junto con Franklin Ramos Basterrechea, s esposo, Ediciones Gernika, casa editorial que dirige desde hace más de veint años. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.



CÓDICE 1877